

La demanda populista y el líder

Nora Merlin *

Resumen

Ernesto Laclau sostiene que la construcción populista es efecto de la articulación de demandas que establecen relaciones de equivalencia y conforman identidad (Laclau, 2008b). Según Laclau, el populismo no es una esencia previa a la lógica equivalencial; tampoco la demanda conforma un dato ontológico previo ni está en el lugar de la causa del populismo. Por el contrario, la demanda y el populismo son efectos de constitución. Para comprender mejor la construcción populista que plantea Laclau pensamos que es necesario analizar la estructura de la demanda y la lógica de su conformación a partir de los desarrollos que ofrece el psicoanálisis, pues desde esta perspectiva —entre otras— parte Laclau para desarrollar su teoría política. Nos centraremos exclusivamente en las demandas populistas, puesto que son ellas las que intervienen en la lógica equivalencial. La demanda populista delimita dos campos: el del sujeto, que en este caso es el pueblo, y el del Otro. Este Otro se encarna en las instituciones de la democracia representativa y también en el líder populista, que diferenciaremos del líder de masas.

Palabras clave: Demanda – Líder – Populismo – Democracia

Abstract

Ernesto Laclau argues that the populist construction is the joint effect of demands that establish equivalence relations and form identity.

* Psicoanalista, docente de Psicoanálisis en la carrera de Psicología (UBA). Autora de varios artículos y publicaciones. Magíster en Ciencias Políticas IDAES-UNSAM, realizó su tesis en Populismo y psicoanálisis bajo la tutoría de Ernesto Laclau.

Código de referato: SP.175.XXXI/14

STUDIA POLITICÆ



Número 31 ~ primavera-verano 2013/2014

Publicada por la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales,
de la Universidad Católica de Córdoba, Córdoba, República Argentina.

According to Laclau, populism is not an essence prior to equivalential logic, nor demand forms a prior ontological data which is in place of the cause of populism. By contrast, demand and populism are effects of formation. To better understand Laclau's populist construction we think it is necessary to analyze the structure of demand and the logic of its conformation with the theoretical framework of psychoanalysis. Since this perspective, among others, contributes to Laclau's political theory. In this paper, we focus exclusively on populist demands because they are the ones involved in equivalential logic. Populist demand defines two fields: subject, which in this case is the people, and the Other. This Other is embodied in the institutions of representative democracy and in the populist leader, which differs from mass leader.

Key words: demand – leader – populism – democracy

Introducción

ERNESTO Laclau sostiene que la construcción populista es efecto de la articulación de demandas que establecen relaciones de equivalencia y conforman identidad (Laclau, 2008b). Según Laclau, el populismo no es una esencia previa a la lógica equivalencial; tampoco la demanda, unidad de análisis y estatuto fundacional de aquel, conforma un dato ontológico previo ni está en el lugar de la causa del populismo. Por el contrario, la demanda y el populismo son efectos de constitución. Para comprender mejor la construcción populista que plantea Laclau, pensamos que es necesario analizar la estructura de la demanda y la lógica de su conformación a partir de los desarrollos que ofrece el psicoanálisis, pues desde esta perspectiva —entre otras— parte Laclau para desarrollar su teoría política. No nos adentraremos aquí en un pormenorizado estudio psicoanalítico de la demanda, sino que más bien nos interesa entender el uso que hace Laclau de esta categoría y sus alcances en el populismo. Esto supone centrarnos exclusivamente en las demandas populistas, puesto que son ellas las que intervienen en la lógica equivalencial. La construcción populista tiene como fundamento la articulación de demandas al Otro, que para Lacan es el lugar del lenguaje. La demanda populista delimita dos campos: el del sujeto, que en este caso es el pueblo, y el del Otro. Este Otro se encarna en las instituciones de la democracia representativa y también en el líder populista, al que diferenciaremos del líder de masas. Basándonos en Freud y Lacan, quienes incluyen en la demanda una satisfacción pulsional más allá de su enunciado, nos interesa analizar cómo se pone en juego esta dimensión libidinal en la demanda y, por ende, en la construcción populista.

La demanda, el sujeto y el Otro desde una perspectiva psicoanalítica

En la lectura que Lacan hace de la obra de Freud, ni el sujeto ni el otro son puntos de partida biológicos u ontológicos, sino efectos de lenguaje, de condiciones eróticas y de posiciones que se van recortando en relación al deseo del Otro, que se articula por la demanda. El sujeto nace del Otro pero, a su vez, hace nacer otro, el lugar del semejante, en el Otro (Lacan, 1984). A partir de Freud, Lacan considera que la demanda del Otro, lugar del lenguaje, constituye al sujeto y al otro semejante. Pero para ninguno de estos autores la demanda se presenta como un punto de partida, sino que ambos la conciben como una interpretación en la cadena simbólica. Explicaremos este argumento tal como lo describe Freud en el “Proyecto de psicología para neurólogos” de 1895, donde plantea el comienzo del aparato psíquico a partir de un objeto perdido así como de un mítico e imposible estado de satisfacción plena de la necesidad (1998). Allí define, en lo que denomina “experiencia de satisfacción”, dos estatutos constitutivos de apego al Otro: por un lado lo que denomina *desamparo*, estado de tensión, necesidad, posición que implica un Otro omnipotente que tiene y puede satisfacer la necesidad. Por otro, establece la noción de *dependencia* al Otro, que se encarna en un otro que auxilia con ternura, permanencia y continuidad, razones por las cuales este otro será luego objeto de amor. Es decir que desamparo y dependencia hacen nacer un sujeto y un objeto de amor. Este último es caracterizado como una persona que ofrece su presencia de manera estable y continuada, que es capaz de escuchar un grito y responder a él significándolo como demanda, merced a la propia demanda. Freud establece de este modo la primera relación de comunicación entre lo que será un sujeto y el *otro auxiliador*, que es la persona que significa dicho grito como un llamado. Para que este otro se constituya en objeto de amor, lugar de la madre, es necesario que se establezca una relación, mediatizada por la demanda, entre lo que devendrá el sujeto y el otro (madre). Al igual que Freud, Lacan diferencia necesidad de demanda: ambos consideran que ellas no se reducen ni se superponen, por lo que la satisfacción de las demandas no es de ninguna necesidad, tal como establecimos anteriormente a propósito de la “experiencia de satisfacción” (Lacan, 1984). La satisfacción en psicoanálisis es siempre de la pulsión, cuestión que remite al erotismo del propio cuerpo. La demanda del Otro produce en una articulación significativa dos efectos de significación: uno neutral que conduce al sujeto no investido libidinalmente, referido a la retórica, un sujeto muerto, separado de todo goce; y un segundo efecto significante articulado al cuerpo, que deja lugar para los restos que escapan a la mortificación —libido, plus de goce, *objeto a*, los denomina Lacan—. En pocas palabras, en la demanda se incluye un efecto de significación sancionado por el Otro respecto del

enunciado y una modalidad de satisfacción pulsional informulada, que no se inscribe ni se representa.

La demanda populista

Con el anterior aporte del psicoanálisis intentaremos una mejor comprensión de las demandas populistas. A partir de los dos efectos de significado de la demanda, observamos que el populismo nunca puede ser un todo cerrado. En primer lugar porque el Otro del lenguaje es incompleto, es decir, no consiste en un conjunto completo de todos los significantes, por lo que el efecto retórico nunca puede producir una clausura absoluta del sentido. En segundo lugar, porque la satisfacción pulsional que está en juego en el efecto libidinal no cesa de no escribirse, pues el objeto con el que se satisface la pulsión no es el de la necesidad, por lo que siempre queda un plus, un resto pulsional que insiste, causa nuevas demandas y determina que la construcción populista —en tanto matriz libidinal— exceda lo argumental o ideacional.

Como hemos planteado al comienzo de este trabajo, ni el populismo ni la demanda constituyen datos previos, objetivos, garantizados, ni tampoco puntos de partida, sino que son efectos simbólicos de inscripción y significación:

Los símbolos o identidades populares, en tanto son una superficie de inscripción no expresan pasivamente lo que está inscripto en ella, sino que de hecho constituyen lo que expresan a través del proceso mismo de su expresión. En otras palabras: la posición del sujeto popular no expresa simplemente una unidad de demandas constituidas fuera y antes de sí mismo, sino que es el momento decisivo en el establecimiento de esa unidad (...). La única fuente de articulación es la cadena como tal (Laclau, 2008b: 129).

Laclau recorta dos clases de demandas: las democráticas, las cuales están aisladas de la equivalencia, y las populares, que se articulan y establecen relaciones de equivalencia. Esta distinción entre demandas no es estática sino dinámica, ya que no implica fijeza conceptual. Una demanda democrática, absorbida por la institucionalidad, puede devenir popular si se reactiva y entra en equivalencia con otras —y viceversa, una populista puede convertirse en democrática—. El populismo, entonces, es un modo de construcción política inherente a una comunidad, cuyo fundamento son demandas que aún no fueron respondidas por el Otro institucional o el Estado. De la diferencia discursiva que surge por la imposibilidad del orden social o el Estado de responder a todas las demandas, cerrándose en una

síntesis, aparece el pueblo como consecuencia, entendido como metáfora o nombre de la comunidad toda. Pero al mismo tiempo, el concepto de populismo cuestiona la idea de comunidad como un conjunto cerrado que incluye a todos; por el contrario, Laclau concibe a la comunidad de manera escindida, lugar de una división irreconciliable (Laclau, 2008b).

El Otro de la demanda populista conduce al tema del líder populista, el cual tampoco es un dato ontológico ni alguien con características carismáticas; aunque esos rasgos puedan aportar, no resultan decisivos. Para comprender mejor esta problemática comenzaremos por establecer diferencias con el líder de masas.

El líder de masas: objeto de amor

En su trabajo sobre la psicología de las masas, Freud afirma que esta construcción se caracteriza porque sus miembros ubican en el mismo objeto el lugar del Ideal y luego se identifican entre sí; tanto el líder como la masa se fundan en el Ideal. El Ideal es una instancia simbólica que permite la identificación, tiene función de atemperar y apaciguar las relaciones. Es un punto en el que converge una multiplicación de vínculos amorosos, enamoramiento reiterado de cada uno extendido a muchos; el amor, indica Freud (1986a), tiene estructura de engaño, es una ilusión. Del mismo modo sostiene Lacan que el amor suple la falta constitutiva del sujeto, vela su división e intenta hacer uno con el objeto. En el *Seminario XI* afirma Lacan (1986) que el esquema de la masa es el del amor, la hipnosis y la fascinación colectiva, por lo que su estructura implica una operación en la que se trata de taponar con el Ideal, el lugar de la causa, *objeto a*, produciendo la ilusión de unificación sin resto. La masa homogeneizada funciona sugestionada y persuadida de que el líder tiene lo que puede completarla. De este modo, ella se asegura poniendo en juego dos pasiones: la satisfacción narcicística del “uno del amor” y la de la ignorancia de lo que falta. Afirma Lacan “esto le permitirá sostenerse en una situación dual satisfactoria desde el punto de vista del amor” (Lacan, 1986: 276). La identidad alcanzada por la masa se sostiene exclusivamente en el Ideal y lo especular. Este fenómeno no constituye una modalidad discursiva de lazo social, sino que se puede describir como un montón de gente seriada, indiferenciada y unificada por identificación y obediencia al líder. El sujeto de la masa es pasivo, servil y sugestionado, su yo empobrecido revitaliza la vieja retórica moralizante y predestinada. Freud vio en la psicología de las masas al rebaño, la fascinación colectiva, un prolegómeno del totalitarismo. ¿Se puede pensar que ella es una construcción política? La respuesta es negativa porque una formación sostenida exclusivamente en el amor lleva necesariamente a la

religión, en la cual el líder es una imagen-ídolo que se adora. Ya demostramos que el amor siempre enceguece y tiende a pacificar las relaciones, encubriendo el conflicto o el desacuerdo. Por lo tanto, esta concepción es contraria a la política.

En el *Seminario La transferencia*, Lacan (2003) realiza un comentario sobre *El banquete* de Platón en el que articula amor y deseo. Postula allí que Sócrates introduce en el amor la función de la falta, propia del deseo, la posición del carente a quien le falta lo amante, y diferencia esta posición de la del que tiene lo amado. Dice Lacan que el amor aspira a que estas posiciones sean sustituibles, produciéndose lo que denomina la metáfora del amor: lo amante en el don activo da su amor al amado y pretende que este último se sustituya como amante, lo que conformaría el pasaje de objeto amado a sujeto de la carencia. La falta inaugura allí la posibilidad de discurso de llamado al Otro y hace posible de este modo la demanda. El sujeto de la masa se hace presente sólo como objeto amado, no se produce allí el efecto metafórico que pone en juego la falta, en el que el objeto de amor deviene, desde su carencia, sujeto de discurso y de demanda. En la masa, construcción de uno sin resto, el sujeto se ofrece allí como objeto amado, desamparado, sometido a un amo o maestro que ilusoriamente tiene lo que le falta y que articula ideales, ideologías preconcebidas e imperativos. En este aspecto ubicamos una diferencia fundamental entre la masa y el populismo, pues en la primera el amor al líder es base y condición de la construcción, amo de la palabra, único con voz y voto. Desde el lugar del Ideal, el líder de la masa, expresa demandas que funcionan como imperativos o mandatos a obedecer; por esta razón él se convierte y encarna al superyó en tanto imperativo kantiano, ley moral. Tanto Freud como Lacan enseñaron que cualquier formación social organizada fundamentalmente por el superyó lleva al malestar, la culpa, el autocastigo, el padecimiento y la agresividad; por este camino no puede haber conformación de pueblo. Este último argumento será explicado en otra oportunidad pues excede los límites de este trabajo. Es necesario aclarar que si bien en el populismo se producen también efectos imaginarios de identificación y en el plano del amor, ellos son secundarios y la satisfacción libidinal no se juega exclusivamente de ese modo.

El líder populista

Las demandas populistas no son unidades de sentido apriorísticas, sino que se dirigen al Otro (campo del lenguaje), que se encarna en las instituciones y en un otro semejante que deviene líder populista porque produce el efecto de la sanción y significación de demandas (como explicamos al comienzo del trabajo). Para comprender mejor esta temática haremos uso del con-

cepto psicoanalítico de transferencia (Freud, 1987). Si bien Freud lo descubre en la clínica no es ella la que crea el fenómeno, puesto que los efectos transferenciales exceden la situación analítica y no suponen exclusivamente al analista. La transferencia no tiene que ver con una persona sino con una función, un lugar y una práctica. A partir de allí, podemos sostener respecto del líder populista que se trata de una función encarnada en una persona y un nombre propio. Él ofrece presencia, escucha y produce efectos de significación política que constituyen demandas populares. En esta construcción, el pueblo es el sujeto mientras que el líder viene a ocupar el lugar de objeto y, en tanto tal, hace semblante de causa de la construcción política. De este modo, es menos maniobrador que maniobrado, se deja manipular pero no pasivamente, es un dejarse que denota actividad.

Un conjunto de elementos heterogéneos mantenidos equivalencialmente unidos sólo mediante un nombre es, sin embargo, necesariamente una singularidad (...). Pero la forma extrema de singularidad es una individualidad. De esta manera casi imperceptible, la lógica de la equivalencia conduce a la singularidad, y ésta a la identificación de la unidad del grupo con el nombre del líder (Laclau, 2008b: 130).

Podemos trazar un paralelismo entre la construcción populista y lo que explicamos al comienzo cuando incluimos el aporte del psicoanálisis para abordar el concepto de demanda. Deviene líder populista quien ofrece su presencia y es capaz de escuchar la voz del pueblo (la voz es uno de los cuatro objetos de la pulsión, junto con el pecho, las heces y la mirada), que no es articulada pero es articulable por significantes. “El arte de escuchar casi equivale al del bien decir” (Lacan, 1986: 129). El líder escucha y le devuelve al pueblo su propio mensaje en forma invertida, produciendo allí significación que asume estatuto de demandas. “Yo llevo en mis oídos la más maravillosa música que para mí es la palabra del pueblo argentino” (12 de junio de 1974, último discurso de Perón). Las demandas implican articulación de una falta: de reconocimiento, de identidad o de inscripción en la comunidad. Freud sostiene que la transferencia aparece como amor y sentimientos tiernos, se pregunta si se trata de un falso amor. Va a concluir diciendo que ella es un amor auténtico pero que no debe confundirse el amor, que siempre es ilusorio, con la sexualidad, definida por las pulsiones parciales. Del mismo modo, Lacan (1986) enuncia que el amor tiene estructura de engaño y resulta necesario salir de sus *impasses*, para lo cual recomienda casi como un consejo técnico, operar en la transferencia una separación entre el Ideal y el objeto, lo que significa no taponar con el amor el lugar de la falta, como sucede en la posición del líder de las masas. Lacan (2003) dice de la transferencia que no se trata de intersubjetividad ni de buenos o malos sentimientos, sino de una relación en la cual se pone en

juego un tercer término: el saber y una suposición respecto de él. El líder populista encarna una función que se constituye en sujeto supuesto al saber, esto significa que el pueblo supone que el líder sabe. Para una mayor comprensión sobre la posición respecto del saber del líder populista tomaremos los planteos que Jacques Rancière propone en su libro *El maestro ignorante* (2007). Relata en él una experiencia realizada en el año 1818 por Joseph Jacotot, un reconocido profesor de literatura francesa que obtuvo una suerte de revelación respecto a su propia práctica. Jacotot debía dar sus lecciones de literatura francesa en un idioma que desconocía a alumnos que a su vez no hablaban francés. Este profesor tuvo la iniciativa de ofrecer a sus estudiantes un libro —*Telémaco*— en una edición bilingüe (francés y holandés) bajo la consigna de que, “librados a sí mismos”, captaran lo que pudieran del texto francés. Transcurrido un tiempo, Jacotot —para su sorpresa— se encontró con que esos estudiantes habían podido entender y contar sobre lo que habían leído en un idioma nuevo superando ampliamente su expectativa y sin necesidad de explicación alguna. Los estudiantes habían aprendido el libro con la misma inteligencia con la que se aprende de la lengua materna: observando, reteniendo, repitiendo, relacionando, equivocándose y corrigiéndose mientras se habla.

Lo que en un primer momento se presentaba como un obstáculo para la enseñanza, la ignorancia del maestro, resultó ser aquello que hizo posible un aprendizaje, experiencia que pone en evidencia un quiebre en la lógica del saber tradicional. El modelo del maestro explicador dador de conocimientos al otro incapaz será para Jacotot una lógica que sostiene el *principio del atontamiento*, pues la explicación encubre un modo de sometimiento de una inteligencia superior sobre otra inferior, consolidando así un modelo de eterna dependencia. Haciendo una analogía entre la experiencia pedagógica de Jacotot y la teoría política, nos interesa subrayar la ruptura que propone, la puesta en cuestión del saber científico y experto de las vanguardias iluminadas, que se atribuyen la posesión del saber que las masas carentes deben alcanzar e incorporar por progreso dialéctico. No se trata de ubicar quién tiene el saber, si el caudillo o el pueblo, sino más bien de la producción de un saber nuevo, es decir, una invención que resulta indisoluble del concepto de hegemonía que propone Laclau.

Esta nueva producción de saber presenta dos condiciones particulares: por una parte se trata de un saber que, en oposición al dogma, no se sabe a sí mismo y, por otra, produce efectos en los sujetos y en el pueblo. Percibimos en Jacotot la influencia de la idea kantiana acerca de la salida de los hombres de la *minoría de edad*. Kant (2007) entiende esta minoridad como una tendencia de los hombres a no valerse del propio entendimiento y a no independizarse de la conducción de un otro erigido en tutor del rebaño,

como sucede en la masa. Desde el psicoanálisis sostenemos que la ignorancia ya no será una ocasión fortuita sino que refiere a la concepción de un sujeto dividido, que reconoce, de su propia división subjetiva y de su propio desconocimiento, una ignorancia estructural en el ser hablante en torno de la cual el saber se organiza. Observamos en Freud (1986b) una concepción similar respecto a la relación del analista y el saber en la transferencia, manifestado como consejo técnico, aunque más bien se trata de la consolidación de una ética: la posición de abstinencia al ejercicio de un poder, única manera de promover una “emancipación”, una liberación del atontamiento que somete al sujeto.

Del mismo modo se trata para el líder populista de la renuncia al ejercicio de un poder para ubicarse como causa de la construcción, encarnando el lugar de un saber en el Otro. Ocupar ese lugar de causa de una construcción significa, para el líder populista, la posibilidad de hacer semblante de *objeto a*, lo que es una posición contraria a “ser” la causa. Si esto último sucede y se produce fijación a la persona en desmedro de la función transferencial, se corre el riesgo de que con la desaparición de la persona se desmembre la construcción. Podemos hacer una analogía entre la posición del líder populista y la de Velázquez en su cuadro *Las meninas*, tal como lo desarrolla Lacan en el *Seminario XIII* (obra inédita). En él, el autor se encuentra dividido: dentro del cuadro, el pintor pinta la escena de representación de un cuadro, pero los espectadores no podemos saber qué es lo que está allí pintando (ni él mismo lo sabe); a su vez, el pintor se halla en el cuadro a través de una presencia invisible no como un objeto especular sino como deducción lógica (*objeto a*), sosteniendo y causando el cuadro, por lo que no aparece en la imagen. Del mismo modo, el líder también está dividido: por una parte viene a ocupar el lugar de *objeto a*; desde ahí se revela como aquello más allá de la imagen o representación que objeta la religiosidad del líder. Por otra parte, es un nombre propio que encarna la suposición de saber y se ofrece a la representación, la proyección, lo especular, lo imaginario, las identificaciones y el amor. Como en el ejemplo del cuadro de Velázquez, este líder no es un artífice exterior a la escena, por el contrario, está dividido: como representación, en la construcción misma forma parte de ella; a la vez, sostiene con su presencia y encarna el lugar vacío del saber y del poder, pero sin taponarlo. Se abre con esta cuestión el problema de la representación populista.

Líder populista, representación hegemónica y democracia

¿El líder populista es el representante del pueblo? Por lo que desarrollamos antes podemos afirmar que el líder no es un “Uno” que representa a

toda la construcción populista. Dos razones que ya explicamos antes justifican este argumento: no hay un todo de la construcción, así como tampoco hay un todo de la representación. Esta última siempre es “deficitaria” porque hay una parte, la satisfacción pulsional de la demanda, que no tiene representación, que es un resto, plus de goce. Pensamos que el ideal representativo llevado a su máxima expresión siempre va de la mano de una concepción establecida a la manera de la representación clásica (representante-representado). Allí, la democracia y los representantes se limitan a representar al tiempo que la política deviene gestión o administración de los expertos. Estos, desde la observación externa, sólo producen conocimientos científicos y establecen relaciones causales entre fenómenos.

Para el abordaje de la representación populista Laclau propone el novedoso concepto de representación hegemónica. Este concepto pone en evidencia los límites de la democracia representativa, el binomio clásico representante-representado y la concepción científica e iluminista de la vanguardia que vendría a representar los intereses populares. La hegemonía de Laclau supone la democracia participativa y la construcción de poder popular y ofrece una respuesta posible frente a uno de los problemas que plantea la democracia, a saber: cómo hacer lo común sin que consista en una obediencia generalizada limitativa, aplastante, homogeneizante y moralizante a la manera de la masa. La representación hegemónica deviene en un *para todos* como sutura de la totalidad ausente, considerando que la construcción no cierra ni completa el lugar abierto por el resto imposible de representar (*objeto a*). La construcción hegemónica de Laclau tampoco se opone ni aplasta el valor de lo particular, parcial, en el que es posible la irrupción contingente del resto no representable, lugar de invención singular, única garantía contra el racismo y los totalitarismos. Dicho de otro modo, el lugar del *objeto a* en la construcción hegemónica conforma un resto imposible que impide el cierre de lo simbólico o de lo social y al mismo tiempo, como no cesa de no escribirse, causa la hegemonía popular como acontecimiento posible y contingente. El pueblo en tanto representación hegemónica de una comunidad, agente y a su vez efecto de una lógica articularia de demandas, es indisoluble de la democracia participativa, y no puede ser pensado como una objetivación independiente *a priori* de la experiencia política. Laclau considera que, para ser democrática, la hegemonía populista tiene que poder desestimar la supuesta relación natural entre la representación y lo representado, los sentidos prefijados y necesarios. La hegemonía laclausiana va de la mano de una democracia concebida como construcción contingente no garantizada, producida desde la acción política de los ciudadanos en constante debate.

La demanda populista, categoría central de la política democrática

Las demandas populistas se articulan por metonimias y metáforas de manera horizontal y sin jerarquías, su inscripción expresa un tipo de sociedad fundada en la progresiva igualación de condiciones. La demanda populista es un acto de derecho, una acción política que amplía la democracia.

Podemos ubicar a la demanda como un concepto fundamental de la política democrática, esto significa que la funda como praxis. Lacan se pregunta:

¿Qué es una praxis? (...). Es el término más amplio para designar una acción concertada por el hombre, sea cual fuere, que le da la posibilidad de tratar lo real mediante lo simbólico. Que se tope con algo más o algo menos de imaginario no tiene aquí más que un valor secundario (Lacan, 1986: 14).

La demanda populista, en tanto enunciado colectivo singular y plural a la vez, se constituye en una dimensión relacional dirigida al Otro, pide inscripción y funda así a la política en tanto praxis. Desde la perspectiva de Laclau, la articulación de demandas populistas crea simultáneamente acción política y actor político, el pueblo. Para Laclau el discurso es un campo de batalla en el que la articulación de demandas conduce a la construcción de hegemonía; esto no supone “el asalto al cuartel”, sino que ellas implican un retorcimiento, una suerte de pliegue que pone en cuestión una trama discursiva establecida por el Estado o la sociedad. Las demandas populistas hacen visible la delimitación del discurso corriente por el Estado o el Otro institucional, al tiempo que van en contra de su aceptación y pretenden su corrimiento dentro de los marcos de la política. Esta alteración simbólica implica dos cuestiones: por un lado, la operación de articulación de una falta y, por otro, la demanda de inscripción de algo nuevo, susceptible de conformar una transgresión democrática. Demandar es hacer ejercicio de libertad, es poner en escena la libertad de reclamar, la cual no es un supuesto que preexiste a la demanda sino que por el contrario es acto y ejercicio. De allí se deduce que la demanda populista es un movimiento retórico y libidinal que realiza la libertad de expresión, razón por la cual constituye una afirmación legitimada de libertad y el ejercicio de un derecho. Pero no se trata de los derechos que autoriza el Estado o la Constitución establecidos en términos de Laclau como demandas democráticas, sino de un acto que no está garantizado por la ley o el otro institucional, que queda a riesgo y cargo de la voluntad popular.

En conclusión, si la demanda, unidad de análisis del populismo, tiene a la igualdad y a la libertad como principios y fundamentos, afirmamos entonces que ella constituye la base y también la condición de posibilidad de la

democracia, entendida ésta como soberanía del pueblo. A través de la articulación de demandas se pone en acto una pluralidad discursiva que supone la idea de democracia como fundamento. Sostenemos que el populismo, en contraste con la masa, es un modo de construcción política, indisoluble de la democracia. Al insertarse discursivamente desde su demanda y reclamando desde allí reconocimiento, deviene y se legitima el pueblo como un actor renovado en su potestad y en su soberanía. Esto permite la irrupción de acontecimientos imprevistos e irreductibles a formas previas, tanto como la producción y creatividad de iniciativas populares nuevas.



Bibliografía

- FREUD, S. (1986a) “Introducción del Narcisismo”, *Obras completas XIV*, Buenos Aires: Amorrortu.
- . (1986b) “Nuevos caminos de la terapia analítica”, *Obras completas XVII*, Buenos Aires: Amorrortu.
- . (1987) “Puntualizaciones del amor de transferencia”, *Obras completas XII*, Buenos Aires: Amorrortu.
- . (1998) “Proyecto para neurólogos”, *Obras completas I*, Buenos Aires: Amorrortu.
- . (2006) “Psicología de las masas”, *Obras completas XVIII*, Buenos Aires: Amorrortu.
- KANT, I. (2007) *¿Qué es la ilustración?*, Madrid: Alianza.
- LACAN, J. (1984) “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, *Escritos II*, México: Siglo XXI.
- . (1986) *Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós.
- . (2003) *Seminario VIII. La transferencia*, Buenos Aires: Paidós.
- . (obra inédita). *Seminario XIII. El objeto del Psicoanálisis*, Buenos Aires.
- LACLAU, E. (2008a) *Debates y combates: por un nuevo horizonte de la política*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- . (2008b) *La razón populista*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- RANCIÈRE, J. (2007) *El maestro ignorante*, Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Fecha de recepción: 29/05/2013

Fecha de aceptación: 20/03/2014